

YAYA de Aura

Mi yaya detuvo con gracia las manecillas del reloj de pared en el salón, señalándome con un gesto cómplice que era el momento perfecto para abrir nuestros libros de fantasía y sumergirnos juntas en las páginas de la imaginación compartida.

El tiempo, tan veloz y escurridizo, se deslizaba entre nuestros dedos como arena fina. ¿Cuánto tiempo compartía con mi abuela? ¿Segundos, minutos, horas, días, meses, años, lustros? Cada instante se convertía en un rincón de ternura, y al salir de nuestro escondite secreto, la realidad se presentaba a veces envuelta en la quietud de la noche, otras veces iluminada por el resplandor del día, y en ocasiones... ni siquiera existía una atmósfera perceptible.

Cada día, me enfrentaba a la vorágine de la vida, vistiendo la pesada armadura de las responsabilidades. Derrotar dragones, superar exámenes, atravesar intrincados laberintos y vencer a los "malos" en el instituto eran mis desafíos cotidianos.

Sin embargo, al regresar a casa, las penas se disolvían al entrar por la puerta, dando paso a un refugio de amor y cuidado, de croquetas recién hechas, de caldo de verduras reconfortante, de risas y de cuentos en voz alta que tejían una manta de seguridad que nos envolvía en las noches. Al menos, cuando la realidad y unas siglas muy feas llamadas ELA no cortaban las alas de nuestra imaginación.

En esos momentos de pausa, cuando el reloj estaba parado y el sillón acogía el merecido descanso de mi yaya, la cocina se convertía en mi mágico escenario de alquimia. Siguiendo sus sabias enseñanzas, me aventuraba a elaborar su especial tarta de manzana con la esperanza de ver brillar sus ojos, esos faros luminosos que iluminaban nuestro hogar en la oscuridad de las pruebas y los análisis.

La reina de mis mariposas, a veces, se manchaba de tarta porque sus manos le flaqueaban, pero en lugar de lágrimas, su rostro se iluminaba con una sonrisa dulce, aunque siempre acompañada de la preocupación por mi futuro. Para mí, no era más que un recordatorio de su don para colorear los días grises con destellos de alegría, una lección de fortaleza que atesoraba como un regalo especial.

El mundo cambiaba sin cesar a nuestro alrededor: clases, modas, política, teorías científicas; todo evolucionaba, pero mi visión permanecía inmutable. La magia persistía en mis ojos, la fantasía resistía el embate del cambio constante, de las malas noticias.

Llegó el día en que nuestro rincón secreto se transformó, mientras mi yaya descansaba en la cama del hospital, sentí la necesidad de refrescar el aire viciado de la habitación. Abrí con cuidado la parte oscilante de la ventana, dejando que la brisa del viento me hablara en

susurros. En ese momento, como si las corrientes llevaran consigo una guía invisible, me acerqué a mi abuela con determinación.

Tomé su mano con suavidad, sintiendo la conexión que siempre nos unía. En un susurro delicado, le expresé desde lo más profundo de mi corazón: "no te marches de mi vida". Sellé esas palabras con un beso tierno en su mejilla, mientras la miraba, deslumbrada, sin palabras. Era un gesto cargado de amor y esperanza, un intento de aferrarme al amor que trascendía las barreras físicas y las incertidumbres del momento.

Las mariposas... las mariposas vuelan, a veces vuelan demasiado bajo y se confunden con las hojas del otoño; otras veces, elevan su vuelo tan alto que se mimetizan con las estrellas.

Mi yaya... mi yaya ahora vuela, pero yo nunca la confundo. No puede camuflarse de mi mirada. Ella vuela cuando miro al cielo, vuela entre el arcoíris cuando la vida llueve fuerte, vuela en ese universo de color rojo, naranja, amarillo, verde, añil, azul y violeta. Vuela, con sus alas plateadas y su sonrisa de manzana; mi yaya puede rozar la luna simplemente levantando los brazos, puede llegar al infinito del tiempo, puede hacer que mi corazón lata con el simple desplegar de su magia.